

Grandes Testigos de la Caridad

LOUIS-JOSEPH LEBRET (1897-1966). **UNA VIDA ENTREGADA AL AMOR** **INTEGRAL Y ARMONIZADO**

ARTURO GARCÍA LUCIO

Secretariado Social Diocesano, San Sebastián

El 20 de julio de 1966, agotado, que no vencido, por la enfermedad, Louis-Joseph Lebret dejaba este mundo para ir a encontrarse con la plenitud de quien tanto había amado y deseado servir. Muchos fueron los testimonios sobre su persona, basta consultar para ello los artículos aparecidos en diversas publicaciones francesas e internacionales, especialmente las que él había fundado, como *Economie et Humanisme* o *Developpement et Civilisation*. El Papa Pablo VI hará un gran elogio de su persona y considerará que su muerte ha sido una gran pérdida para la tarea evangelizadora de la Iglesia. ¿Quién es esta persona y por qué esta valoración tan significativa? ¿Qué enseñanzas podemos extraer de su existencia?

I. 1897-1929

Louis-Joseph Lebret nace el 21 de julio de 1897 en la aldea francesa de Minihic-sur-Rance, a pocos kilómetros de Saint-Malo. Tenía un hermano mayor, Pierre, y su madre muere al poco tiempo de nacer Louis. El padre, primer maestro

carpintero de la Marina, se vuelve a casar con una amiga de la infancia que fue para los dos una verdadera madre, atendiéndolos como si fueran sus propios hijos.

El joven Louis-Joseph crece en un medio a la vez marino y agrícola del litoral bretón, aprendiendo desde la infancia a realizar las actividades propias de los dos ámbitos, lo cual le servirá posteriormente para observar la realidad desde distintos puntos de vista. Enraizado profundamente en aquella tierra norteña, sin embargo se consideraba también «ciudadano del mundo».

Hace sus primeros estudios en la Institution Chatólique de Saint-Malo, donde, en el curso 1913-1914, obtiene su bachillerato en matemáticas. En febrero de 1915 se enrola en la Marina y completa su formación práctica en la Escuela de Marina de Rochefort, obteniendo la graduación de oficial en 1917. Servirá durante los dos últimos años de la Primera Guerra Mundial en el Mar del Norte. Ascende rápidamente y en 1920 le encontramos como instructor en Brest y después (1921-1922) dirigiendo los movimientos del puerto en Beirut (Líbano). Vuelve a Francia y su carrera naval parece muy bien encarrilada, asciende y es premiado con la Legión de Honor; pero sorprende a todos cuando en 1923 la abandona para entrar en el noviciado que la Orden de Predicadores tiene en Angers.

En un primer momento había pensado entrar trapense, cerca de Cherbourg, pero rápidamente se da cuenta de que su temperamento no se acomoda a una vida puramente contemplativa, pues quiere dedicarla a una acción a favor de los más pobres, empezando por los mismos pescadores de su tierra natal.

Hará sus estudios filosóficos y teológicos en el convento holandés de Rijckholt, donde encontrará profesores y compañeros que le van a marcar profundamente, pues además de los estudios eclesiásticos le abren a la realidad que está viviendo el mundo. En 1929 está al borde de sus fuerzas y los superiores le envían a reposar al convento de Saint-Malo, aunque aún le faltaba un año para terminar los estudios de teología. La actividad intelectual y pastoral era muy grande y, a pesar de su fatiga, Lebreton no querrá permanecer inactivo.

«Hay que vivir con cinco años de avance.» Este consejo que daba frecuentemente, él lo llevaba constantemente a la práctica.

2. EXPERIENCIA DE SAINT-MALO

A partir de 1929, y aun antes de terminar su preparación dominicana, le vemos ya comprometido en una acción social y apostólica con los pescadores que se encuentran en grave crisis por la introducción de métodos industriales de pesca que, buscando la rentabilidad a corto plazo, utilizaban unos procedimientos que esquilaban el fondo marino. La competencia internacional y el hundimiento de los precios de las capturas agravaban considerablemente su situación. Ante esta realidad, el P. Lebreton va a trabajar con los más sencillos para unirlos y, después de realizar análisis de campo sobre la realidad y sus causas, presentar juntos alternativas. Desde este ambiente, opondrá al sindicalismo de clase desarrollado por la CGTU una acción de tipo corporativo que se apoyaba en las estructuras comunitarias tradicionales. Surge así el denominado *Mouvement de Saint-Malo*.

La dureza del oficio y los peligros que debían arrostrar juntos jugaban un gran papel en esta «comunidad de gentes de la mar» donde tanto patrono como marineros compartían el esfuerzo de la pesca. Las personas embarcadas, a pesar de sus diferentes categorías profesionales, se unirán para mejorar las retribuciones tanto de los pescadores como del personal que trabaja en las fábricas de conserva, principalmente esposas de marinos.

Si el canónigo Bernard había lanzado la idea de la necesidad de crear la Juventud Cristiana Marítima (JCM), será otro canónigo, Harvard, junto al P. Lebret, quienes en 1930 la harán realidad, para dotar al Movimiento de Saint-Malo de una más clara acción espiritual, sin alejarlo de la realidad social concreta. JCM seguirá el modelo de los movimientos especializados de Acción Católica. Este contacto con la Acción Católica especializada y sus métodos de análisis, especialmente introducir en la encuesta la metodología del «ver, juzgar y actuar», le harán descubrir la necesidad de los cambios estructurales para asegurar una verdadera transformación de la realidad, aunque en un primer momento él le asignaba el objetivo de rehacer una sociedad de cristiandad.

En 1931, junto con Ernest Lamort, funda un sindicato mixto patronos-pescadores embarcados que, uniéndose a otros sindicatos del sector, formarán la Entente Interfederal de los Pescadores de Francia. Simultáneamente editará una publicación que, en un primer momento fue mensual pero enseguida saldrá bimensual, *La Voix du Marin*, dirigida por Lamort, y crea una Escuela Normal Social Marítima, en Saint-Malo. Desarrolla también una investigación sobre la situación de los pescadores en el conjunto de puertos de la zona del Canal de la Mancha y del resto del océano Atlántico francés. Con todo ello, logra crear un grupo de presión

capaz de intervenir ante la clase política. Este grupo se organiza en diversos comités, intentando agrupar a todas las categorías con el fin de regular la profesión del pescador:

Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial, el P. Lebreton piensa, con una finalidad claramente apostólica de reconquistar para la Iglesia a este medio tan alejado, que podría acabar la obra emprendida colaborando con el régimen de Vichy. Su encuentro con Gustave Thibon, filósofo oficial del régimen de Vichy y defensor de las «comunidades de destino», daba una base filosófica a su proyecto. François Perroux, que había desarrollado una teoría sobre la economía comunitaria, con la corporación como agente regulador del mercado, le proporcionaba firmeza científica.

3. ECONOMÍA Y HUMANISMO

En plena contienda, con el fin de disponer de un medio de profundizar y extender la acción comenzada en Saint-Malo, el año 1941, presenta en Marsella los estatutos de una nueva asociación de laicos y religiosos dominicos, *Économie et Humanisme*, un centro de investigación doctrinal orientado a la investigación de una economía que esté realmente al servicio de «todo el hombre y todos los hombres». Se trata de contrastar la mística cristiana original, que había quedado muy alejada de los problemas concretos de las personas, ante las «grandes místicas» (capitalismo, colectivismo, nacional-socialismo) que pretendían conquistar el mundo. Afirmando que tres fuerzas espoleaban el deseo humano: el espejismo del comunismo, el prestigio de la nación y el derecho del dinero a fructificar, se pregunta: ¿qué puede hacer la fe cristiana ante ello? Está convencido de que la fe en el proyecto que Jesús de Na-

zaret anuncia, el establecimiento del Reino de Dios, humaniza en plenitud, que es bueno para todos, que ha de ser presentado en toda su riqueza, pero con sencillez y mostrando todas sus exigencias. Después de varios lugares provisionales, la asociación *Économie et Humanisme* tendrá su sede en Lyon. Le asigna una triple finalidad: estudiar, con los métodos de investigación apropiados, la complejidad de la realidad humana en sus aspectos económicos y sociales; promocionar trabajos científicos para elaborar una doctrina que permita poner la economía al servicio del ser humano, y suscitar técnicos o profesionales capaces de determinar las condiciones concretas del Bien común, y de participar en los esfuerzos, públicos o privados, de reorganización económica dirigidos a su consecución. Por tanto, se le daba una función plural de investigación, animación, formación, difusión del pensamiento, acción, sin que ninguna de ellas estuviera desgajada de las demás, para evitar mutilaciones o desviaciones. Se añade también la misión de contribuir a renovar el pensamiento social católico, pues no es suficiente el recurso al Evangelio, los Padres de la Iglesia y los teólogos dogmáticos. El P. Lebreton está convencido de la importancia de asumir el aporte de los saberes técnicos y sociales, que obligan a redefinir todo el campo teológico a la luz de los valores positivos del mundo moderno.

La economía humana que quiere hacer efectiva es una disciplina de síntesis, lugar de encuentro de todos los saberes humanos y, al mismo tiempo, desea que participe activamente en la reformulación de la teología para que tenga en cuenta dichos saberes. Por eso, desde el primer momento, en esta institución reflexionarán y actuarán juntos clérigos y laicos. El P. Lebreton buscará especializar a cada uno de sus colaboradores en un «sector de miseria», para liberar dicho sector del dominio capitalista.

De ahí que a la teoría una siempre la acción a favor de los últimos, estén donde estén. En septiembre de 1955, apoya al Abbé Pierre en la fundación del Instituto de Investigación y Acción contra la Miseria Mundial (IRAMM), una prolongación de las comunidades Emaús, que se insertará posteriormente (1957) en la Asociación Mundial contra el Hambre (ASCOFAM), en la que participa también el sociólogo brasileño Josué de Castro.

Desde comienzos de los años cincuenta, el P. Lebreton está convencido de que el desarrollo es el gran problema del siglo y, por tanto, desearía que la institución Economía y Humanismo se transformara en un centro de estudios de los problemas de una economía con vistas al desarrollo. Pero las reticencias que observa en los miembros directivos le llevan a pensar que no es el momento adecuado para ello. El fruto aún no está maduro.

4. BÚSQUEDA DEL DESARROLLO ARMONIZADO. EL IRFED

A partir de 1954, el P. Lebreton es reconocido como experto en desarrollo y consultado por diversos organismos oficiales franceses e internacionales, así como por gobiernos de países del Tercer Mundo. Se multiplicarán los viajes a muchos países, los informes y participaciones en conferencias internacionales como representante de la Santa Sede. No abandona, por ello, su interés por que continúe la reflexión teórica y aplicada a las distintas realidades desde la óptica de una economía al servicio de las personas, que es el principio base de su misión. Así, este mismo año, se celebra en São Paulo (Brasil) la Primera Confe-

rencia Internacional de Economía Humana y también se pondrá en marcha, para realizarla en Brasil, la primera encuesta de desarrollo exterior. Toda esta actividad (viajes sobre el terreno, consultas, diálogos con diferentes personas y perspectivas...) mejoran su visión sobre los problemas del desarrollo, profundizando más en la perspectiva humana y cultural. Síntesis de todo lo que ha ido madurando en este contacto con la realidad es su formulación teórica del desarrollo armonizado, primero rebatiendo las teorías clásica y keynesiana reemplazándolas por una «dinámica del desarrollo armonizado», que sea a la vez una teoría práctica de cómo se pasa de una fase de desarrollo a otra y de cómo se regulan las tensiones que surgen. Esta visión la formula en los libros *Introduction à la dynamique du développement* (1955) y *Suicide ou survie de l'Occident* (1958).

La definición más completa de desarrollo se encuentra en el libro *Dynamique concrète du développement* (1961), una obra que quiere reflejar lo que es posible hacer, por medio de la planificación, partiendo de los estudios realizados sobre la realidad de cada país y con vistas a la acción. «El desarrollo es el objeto mismo de la economía humana, en el sentido que le ha dado el grupo Économie et Humanism, es decir, en tanto que ciencia y técnica, la disciplina del paso, para un pueblo determinado y para los grupos que lo constituyen, desde una fase menos humana a una fase más humana, al ritmo más rápido posible, con el coste menos elevado posible, teniendo en cuenta la solidaridad entre los grupos y los pueblos. Y el desarrollo es precisamente la serie de esos pasos». Una idea que recoge de F. Perroux y después plasmará Lebreton en la encíclica *Populorum progressio*.

Lebreton se une en este aspecto al pensamiento económico estructuralista, ya que no acepta una visión en la que el sub-

desarrollo aparezca como un retraso en un proceso único, siguiendo el camino de las potencias dominantes, sino que él quiere manifestar que está ligado a una realidad de dominación de los pobres por parte de los ricos.

En *Suicide ou survie de l'Occident*, que Lebret consideraba como una «geopolítica del desarrollo», enuncia la mayor parte de las tesis de una teoría del imperialismo (explotación de los recursos naturales y de la mano de obra de las colonias), poniendo en evidencia la desigualdad (ante la vida, el hambre, la enfermedad) y la distancia (que no retraso) en las posibilidades de desarrollo. De ahí que el subdesarrollo aparezca como un fenómeno específico, no reducible a la explicación de la teoría capitalista del desarrollo (que, incluso, lo confunde, equiparándolo, con crecimiento). Por ello, Lebret tratará los fenómenos de desarticulación y desintegración de las civilizaciones primitivas como efecto de la introducción del sistema capitalista en estas sociedades.

Como resultado práctico, el mismo año 1958, junto a Raymond Delprat, que será el principal animador, crea en París el Instituto Internacional de Investigación y Formación con vistas a un Desarrollo Armonizado (IRFED), que significa dos claras diferencias respecto a Economía y Humanismo: su implantación en la capital francesa y estar completamente ligado a las cuestiones sobre el desarrollo económico del Tercer Mundo. Su finalidad será plural, con actividades diversas.

En primer lugar, será centro de investigación con vistas a definir qué se entiende y cómo realizar un desarrollo armónico, es decir, que no se contente con el simple crecimiento económico, pues el objetivo siempre ha de ser la mejora de las condiciones sociales y ambientales que permitan al

ser humano crecer integralmente. Con esta perspectiva y después de unos viajes a países empobrecidos, el P. Lebrez crea dentro del IRFED una sección que denominará «Desarrollo y Civilizaciones», a la que pone como finalidad tener muy en cuenta la riqueza humana de los valores y formas de vida de estos países, para no caer en un economicismo.

En segundo lugar, la formación de personas provenientes de estos países y de países ricos que deseen trabajar en servicios de cooperación. El P. Lebrez le daba mucha importancia a la preparación de buenos técnicos en disciplinas diversas, pero siempre con el denominador común de poner a la persona como centro del desarrollo, lo cual exigía que los formandos desarrollaran un gran amor y auténtico espíritu de servicio. De ahí que, en diversos escritos e intervenciones orales, hablara de la necesidad de fundar una especie de orden religiosa cuyos miembros tuvieran como primera vocación su entrega desinteresada, que sería una réplica actualizada de lo que significó la creación de la orden de la Merced para el rescate de los cautivos.

Por último, cuando algún gobierno u otra organización se lo pide, el IRFED participa en trabajos sobre el terreno con el fin de preparar planes de desarrollo. Esto muchas veces lo tendrá que realizar en colaboración con otras instituciones, pues el IRFED no tiene la suficiente capacidad para crear todo el proceso, y se fijará sobre todo en las orientaciones básicas que lo deben guiar.

Si en un primer momento se podía pensar que el IRFED podía entrar en colisión o competencia con Economía y Humanismo, en la mentalidad del fundador de estas instituciones no era así, sino de especialización y complementación, con una colaboración permanente entre ambas.

Su obra *Dimensiones de la caridad* (1958) puede ser considerada como la vertiente espiritual de la elaboración de una teoría del desarrollo armonizado. Quiere unir la Palabra de Dios, donde se nos muestra su proyecto salvador; y la realidad muchas veces muy dura de la existencia humana. Afirma que «si el mundo ha de detenerse en su carrera hacia la barbarie, en gran parte se deberá al esfuerzo de los cristianos que lleguen a ser más conscientes de las exigencias de la caridad fraterna».

Dinámica concreta del desarrollo (1961) es la última gran obra escrita por el P. Lebet. Tiene como originalidad ser a la vez una guía para el uso del método de encuesta y una síntesis teórica de la problemática, presentando abundante bibliografía y notas técnicas.

5. AL SERVICIO DE LA SANTA SEDE

Juan XXIII, en la *Mater et Magistra* (1961), dijo que el problema del subdesarrollo era el más importante del siglo XX y, por ello, la Iglesia debe esforzarse más explícitamente en la lucha contra ese cáncer que minaba las mejores conquistas de la humanidad. Así lo entiende el P. Lebet y a ello estaba dedicando lo mejor de su vida.

En 1962, la Santa Sede nombra al P. Lebet jefe de la delegación vaticana en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre aplicación de la ciencia y la técnica en beneficio de los países menos desarrollados, y en ella realizará una intervención sobre las grandes líneas de lo que es un desarrollo armónico.

Va renunciando a trabajos personales de investigación para atender a las llamadas que le hacen desde diversas instituciones eclesiales: episcopados francés, africano de habla francesa, vietnamita, latinoamericano...

Pablo VI le recibe varias veces en audiencia privada y, nombrado experto del Concilio en 1964, se le encarga participar en la redacción de la «Constitución conciliar *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual». Lo hará sobre todo en los capítulos referentes a la comunidad internacional y a la vida económico-social. Posteriormente será uno de los redactores principales de la encíclica *Populorum progressio*, que verá la luz un año después de su muerte.

6. EL OCASO DE UNA VIDA FRUCTÍFERA

Se constata que la salud del P. Lebreton nunca había sido demasiado buena, aunque de temperamento firme, se resiente con cierta frecuencia y debe pasar temporadas de convalecencia en lugares apartados para no verse involucrado por el ajetreo diario.

La actividad en su último año de vida es frenética. Alcanzado ya por el mal que le está llevando a la muerte, sin embargo despliega enorme actividad: viajes a Senegal y Rwanda, llamado por los respectivos gobiernos para asesorarles en sus planes de desarrollo; Venezuela y Chile para participar en conferencias internacionales de la FAO; en marzo de 1966 está en Roma para impartir un curso sobre desarrollo en la Academia Pontificia de Ciencias; en abril está en Chile para participar en la Semana Social; en mayo y junio está en Roma trabajando en la Comisión Pontificia sobre «Población, familia y regulación de

nacimientos» y en la preparación de lo que será la Pontificia Comisión Justicia y Paz. Volverá a París para morir el 20 de julio. Está enterrado en el cementerio de su pueblo natal.

7. ALGUNAS ENSEÑANZAS DE SU VIDA

Nos interesa ahora, aunque sea sintéticamente, presentar aquellos aspectos más significativos de su existencia que pueden servir como ejemplo de una vida realizada.

7.1. Unidad de proyecto vital

Cuando el P. Lebreton hace una mirada retrospectiva sobre su vida activa, le gusta destacar su unidad: «Lo que me choca en mi vida es su unidad. La veo como un proceso de preparaciones y percepciones en la continuidad de la fe», en la que había sido educado y recibido el «gusto de estar con Dios». Pero ello no significa que haya sido uniforme, pues podemos distinguir claramente tres etapas a partir del momento en que decide entrar dominico: la primera con los pescadores, en Saint-Malo; la de Economía y Humanismo, en Lyon, y la del IRFED, en París. No son momentos independientes de una vida, sino más bien partes de un desarrollo homogéneo; de una acción que va avanzando a partir de unas intuiciones primeras, con un método de trabajo que se va perfeccionando con su ejercicio en el tiempo pero que continúa fundamentalmente el mismo; de unas ideas directrices que van precisándose con los años y a la vista de los fracasos y aciertos, asumiendo los avances en las ciencias sociales; de una voluntad de intervención cuya finalidad permanente es el servicio al ser humano.

En sus meditaciones personales, base de las reflexiones que impartía en retiros, late el ansia por lograr que cada persona responda al amor de Dios por medio de su desarrollo armónico. «Llegar a ser un buen profesional, buen jefe de familia, buen camarada, buen ciudadano, buen responsable. Toda persona que se realiza es una maravilla; cada una en su línea propia, en circunstancias siempre únicas, explayando su mirada, atenta a la realidad, meditando sus observaciones, aprovechando de los maestros, rectificándose por la experiencia ligada al bien, procurándose una voluntad firme, no dejándose quebrantar por las contradicciones y los fracasos, adquiriendo prudencia y saber, llega a ser lo que el pueblo llama con admiración “un hombre”. El que no se ejercita en llegar a ser hombre en este sentido insulta a Dios. Mientras Dios le da inmensas posibilidades de llegar a ser, él desprecia el don recibido. Los hombres que, humanamente, continúan siempre siendo más, son ya, dentro de la creación la gloria de Dios. (...) nos ayudan a comprender mejor el poder y la magnificencia divina» (*Dimensiones de la caridad*).

En el origen, y dando unidad a toda su acción, está la misericordia evangélica. Una misericordia entendida no como paternalismo o creación de un modo de vida separado del mundo para vivir el amor cristiano, sino en vivir el destino propio de los últimos, queriendo ser uno con ellos. De ahí el método que va a utilizar siempre: partir de la realidad concreta, analizándola críticamente, sin manipularla. Y nada puede reemplazar la observación directa, pero que no sea superficial sino sistemática. «No bastan los libros, es necesario ver; tocar; verificar aquello de lo que se habla.» Es un método que no abandonará a lo largo de su vida. Se trata de ir a lo esencial en cada situación, para ello observarla con atención, descubriendo las dinámicas internas que la explican para poder anticipar

su orientación, y determinar las medidas más adecuadas a favor de las personas. Sobre todo le interesa su promoción integral.

7.2. Conocer la realidad sin prejuicios

Porque no quiere caer en tópicos como: «La raíz de todos los males está en el egoísmo humano», que es verdad pero no da las claves para entender lo que pasa y por qué está pasando, el P. Lebet, en cada etapa de su vida, supo tener una mirada nueva sobre el mundo, poniendo los métodos de análisis que mejor se acoplara a la realidad a observar. Pero hay algunos que él va a perfeccionar (observación sin prejuicios, encuesta) que, por su capacidad de adaptación a las diversas circunstancias, se muestran como muy fructíferos para obtener información fiable. Y una vez que tenemos un buen análisis de la situación, conocidas las causas que han llevado a ella, será el momento de buscar el remedio más adecuado. Por tanto, une la reflexión crítica y la acción a favor de todas las personas, con una preocupación prevalente por el más débil.

Además, pedirá y se esforzará por inculcar que se piense sobre lo que se hace y por qué se hace, desde qué principios y valores. Tanto en el Secretariado Social Marítimo, en Saint-Malo, como en los grupos de trabajo de Economía y Humanismo, de Lyon, o en el IRFED de París, la investigación ocupará la parte central de la actividad. Le preocupa e interesa mucho que los miembros reflexionen juntos para determinar la orientación, fijar los objetivos, tener presentes cuáles serán las mayores dificultades a afrontar y dónde previsiblemente van a surgir.

7.3. Creador de militantes

Buscará que cada persona responda a su verdadera vocación, que nunca será algo particular, sino orientada al servicio de los demás. Su misma vida ya era una llamada, pero Lebret hablaba de tal manera sobre el mundo, las necesidades de justicia y amor que existían en él, la responsabilidad de cada uno, que a quienes se dirigía sentían con naturalidad la llamada a trabajar con él al servicio de los demás. Lebret descubría las capacidades, les confiaba responsabilidades, les ayudaba a que cada uno pudiera dar lo mejor de sí mismo. Cada acción innovadora es acompañada de un medio de difusión para que pudiera ser conocida la realidad a transformar, la finalidad de dicha transformación y los medios que se consideran más adecuados para hacerlo.

La colaboración clérigos-laicos la tenía presente desde los inicios, pues consideraba que este trabajo en común permitiría una más completa visión de la realidad, un mejor reparto de tareas y supondría un enriquecimiento mutuo. Su pedagogía de la militancia llevaba a que cada militante se ligase a una porción de la humanidad, insertándose en ella, siendo uno de ellos, para así conocer en profundidad aquella realidad. Cada uno deberá ir asumiendo responsabilidades como expresión de la autenticidad del compromiso personal y del propio don a los demás, para no caer en el institucionalismo desencarnado. Querrá, y se esforzará en vivir personalmente, el máximo de calidad humana de quienes trabajan en la acción social al servicio de los pobres, preocupándose que la misma reflexión y acción social sea en sí misma una auténtica experiencia espiritual, un espacio privilegiado de descubrir a Dios y su proyecto salvador.

7.4. Desarrollo integral

Está muy preocupado por la falta de condiciones dignas para el desarrollo de cada persona, sobre todo a causa de una organización económica que ha degradado al ser humano concreto convirtiéndolo en objeto al servicio de los intereses materiales. Acogiendo los estudios y reflexiones de F. Perroux, hablará de una economía al servicio del hombre como el modelo a impulsar en todos los lugares y según las circunstancias concretas en que se encuentre.

El P. Lebret tiene especial sensibilidad por la realidad y futuro de los países que acaban de salir de una situación de dominio colonial y han obtenido la independencia política, pero son totalmente dependientes en lo económico. Querrá para ellos un desarrollo integral, sabiendo que el destino de todo el mundo se va a jugar no tanto en el Occidente rico, sino en estos nuevos países. Lo considera el problema esencial y hace de ello experiencia mística, uniendo el rostro del empobrecido, aunque no sea cristiano, al del Señor Jesús. La contemplación de la realidad de miseria a la que se ven abocados la mayoría de los habitantes del mundo le hace meditar sobre el proyecto de Dios tal como se recoge en el Evangelio le lleva a un compromiso activo en defensa de un mundo nuevo, en el que nadie quede excluido por principio y cada persona pueda ser protagonista de su propia experiencia de vida. Y ello lo entiende como evangelización, tal como después será expresado por el papa Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii nuntian-di* (1974) o en el documento resumen del Sínodo de Obispos de 1971, sobre la justicia en el mundo, donde se reconoce que la promoción humana es una dimensión integran-

te de la evangelización. Pone así en práctica la opción preferencial por los pobres como la característica más importante de la misión de la Iglesia.

Propone realizar, en la medida de lo posible, un modelo social que tenga al ser humano como su finalidad más importante y que ponga a los considerados socialmente últimos en el centro de las preocupaciones de los dirigentes. Modelo que debe abarcar a todos los pueblos del planeta.

7.5. Dimensión pública de la fe

Con todo ello, pone en práctica la dimensión pública de la fe, es decir, vivir y exponer el principio fundamental de saber que los seres humanos somos constitutivamente sociales, miembros de una comunidad, responsables directos de su marcha, y que el mensaje evangélico no es indiferente a cómo esta se realiza. Aportará la dimensión del amor fraterno que después deberá concretarse en acciones al servicio del bien común. Se trata de vivirlo no sólo en el ámbito de lo privado, las relaciones interpersonales, sino también en las organizaciones cívicas, más allá de la atención asistencial. La persona alienada, marginada o despreciada requiere asistencia que le guarde, compañía que le consuele y, sobre todo, ayuda que le libere, devolviéndole su dignidad aplastada. En la Iglesia, además de seguir con la tarea de ayuda y promoción de estas personas, se ha de volcar una energía similar en evitar que se reproduzcan situaciones inhumanas, denunciándolas y combatiendo las causas que las generan.

Históricamente, han sido algunos cristianos quienes daban los primeros pasos aisladamente en esta tarea, siendo muchas

veces incomprendidos por la Jerarquía y debiendo vencer múltiples obstáculos. Pero, en la medida que han perseverado fielmente en su vocación y se han visto sus frutos apostólicos, se convierte esta presencia novedosa y comprometida en un bien para la comunidad total. Se hace así realidad una Iglesia misionera que se encarna (como fermento, sal, luz) en la realidad, respetándola y potenciándola en su secularidad, superando las tentaciones anticristianas de o bien refugiar la fe en la vida privada, al interior del templo, en la insolidaridad y egoísmos prácticos, aunque a veces se esté dispuesto a salir por un poco de tiempo a la intemperie abandonando el cómodo refugio; o bien tratar de imponer a una sociedad plural, en nombre de Dios, la propia visión del orden social como la solución real y única que todos deben aceptar:

Aunque para la difusión en la vida civil el P. Lebrez adopte una expresión profesional, no se queda en ello, sino que encierra también el anuncio de la Palabra encarnada, a través de hacerla presente en los problemas de cada día y, a poder ser, dicha por las mismas personas que deben asumirlas, para que se manifieste la unión entre fe y vida.

El P. Lebrez no cae en dualismos, en separaciones entre el amor a Dios y a los humanos. Afirmará: «El alma no está dividida entre dos amores, sino unificada por su amor a Dios que le lleva a amar a toda la humanidad» (*Dimensiones de la caridad*). Hará del apóstol Pablo su guía, porque le enseña prácticamente cómo amar a la humanidad en las entrañas de Jesucristo. Un amor encarnado, combativo por hacer la vida integral de la humanidad, de toda la persona y de todas las personas, un poco más bella y así ofrecérsela al Autor de toda la creación.